

Política de la retórica¹

¿Por qué un teórico político como yo, que se ocupa principalmente del rol de las lógicas hegemónicas en la estructuración de los espacios políticos, debería interesarse en la obra de un prominente crítico literario como Paul de Man? Puedo sugerir al menos dos razones. La primera es que uno de los motivos permanentes de la empresa intelectual de Paul de Man ha sido la subversión de las fronteras que separan a las disciplinas teóricas de las literarias, de modo tal que aquellas dimensiones que habían sido tradicionalmente concebidas como privativas del lenguaje estético o literario pasan a ser, para él, rasgos definitorios del lenguaje *tout court*. Frente a todo intento por diferenciar entre “apariencia” y “de-

¹ Una versión preliminar de este ensayo fue presentada al coloquio sobre “Cultura y materialidad”, que tuvo lugar en la Universidad de California (Davis), del 23 al 25 de abril de 1998. Fue también discutido en el Seminario sobre Ideología y Análisis del Discurso, Universidad de Essex, un mes más tarde. Quiero agradecer a aquellos cuyos comentarios me condujeron a introducir precisiones en mi texto y, en algunos casos, a reformulaciones parciales de mi argumento, en Davis: Jacques Derrida, Fred Jameson, J. Hillis Miller y Andraej Warminski; en Essex, David Howarth y Aletta Norval.

cir", entre un texto primario cuyo mensaje habría sido mediado por la materialidad de los signos, de lo figurativo, y un lenguaje de investigación gobernado por la razón, De Man había siempre insistido en que todo lenguaje, ya sea estético o teórico, está regido por la materialidad del significanté, por un medio retórico que disuelve, en última instancia, la ilusión de toda referencia no mediada. En este sentido, una retórica generalizada —que abarca necesariamente la dimensión performativa— trasciende toda frontera regional y se identifica con la estructuración de la vida social en cuanto tal. Concebida en este amplio nivel de generalidad, la "literariedad" del texto literario traspasa los límites de toda disciplina especializada y su análisis se transforma en algo tal como el estudio de los efectos distorsionantes que la representación ejerce sobre toda referencia, efectos que pasan así a ser constitutivos de toda experiencia.

Por lo demás, De Man mismo entendía perfectamente las implicaciones políticas e ideológicas de su enfoque de los textos. En una famosa entrevista con Stefano Rosso, al ser interrogado acerca de la creciente recurrencia, en sus trabajos, de los términos "político" e "ideológico", respondió de la siguiente manera:

No pienso que haya estado nunca muy alejado de estos problemas, ellos han estado siempre muy presentes en mi mente. Siempre he mantenido que uno podía enfocar los problemas de la ideología y, por extensión, los problemas de

la política, sólo sobre la base del análisis crítico-lingüístico, que tiene que llevarse a cabo en sus propios términos, en el seno del lenguaje, y sentí que sólo podría acercarme a estos problemas después de haber logrado un cierto control sobre esas cuestiones. Parece pretencioso decir esto, pero no lo es. Tengo el sentimiento de haber logrado un cierto control sobre los problemas técnicos del lenguaje, específicamente sobre los problemas de la retórica, de la relación entre tropos y performativos, de la saturación de la tropología como un campo que en ciertas formas de lenguaje va más allá de ese campo. [...] Ahora me siento en cierta medida en control de un vocabulario y de un aparato conceptual instrumental a esos efectos.²

En cuanto a la segunda razón por la que un teórico político deba interesarse en la obra de De Man, tiene que ver con algo relacionado con el propio campo político. Ya están lejos los tiempos en que la transparencia de los actores sociales, de los procesos de representación, incluso de las presuntas lógicas subyacentes al tejido social, podría ser aceptada de manera no problemática. Por el contrario, cada institución política, cada categoría de análisis político, se nos presenta hoy día como el *locus* de juegos de lenguaje indecibles. El carácter sobredeterminado de toda diferencia o identidad política abre el espacio de un movimiento

² Stefano Rosso, "An Interview with Paul de Man" en Paul de Man, *The Resistance to Theory*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 1993, p. 121.

tropológico generalizado y revela así cuán fructífero resulta el proyecto intelectual de De Man para el análisis ideológico y político. En mis trabajos, este movimiento político-tropológico generalizado ha sido denominado "hegemonía". Lo que intentaré en este ensayo es subrayar ciertos puntos decisivos en la obra de De Man, especialmente en sus últimos trabajos, en los que la dirección de su pensamiento puede ser útil en el desarrollo de un enfoque hegemónico de la política.

I

Los requerimientos de la "hegemonía" como categoría central del análisis político son esencialmente tres. Primero, que algo constitutivamente heterogéneo al sistema o estructura social tiene que estar presente en esta última desde el mismo comienzo, impidiéndole constituirse como totalidad cerrada o representable. Si tal cierre pudiese lograrse, ningún evento hegemónico resultaría posible y lo político, lejos de ser una dimensión ontológica de lo social –un "existencial" de lo social– se reduciría a una dimensión óptica de este último. En segundo lugar, sin embargo, la sutura hegemónica tiene que producir un efecto re-totalizante, sin el cual ninguna articulación hegemónica sería tampoco posible. Pero, en tercer lugar, esta re-totalización no puede tener el carácter de una reintegración dialéctica. Por el contrario, tie-

ne que mantener viva y visible la heterogeneidad constitutiva y originaria de la cual la relación hegemónica partiera. ¿Cómo es posible una lógica que pueda mantener al mismo tiempo estos dos requerimientos contradictorios? Enfocaremos esta cuestión a través de la exploración de su posible presencia en los textos de De Man. Para esto, partiremos del análisis de las *Réflexions sur la géométrie en général; de l'esprit géométrique et de l'art de persuader*, de Pascal, que De Man lleva a cabo en su "Pascal's Allegory of Persuasion".³

Pascal comienza su estudio del *esprit géométrique* con la distinción entre definiciones nominales y reales –las primeras resultan de la convención y están por tanto exentas de la contradicción, mientras que las segundas son axiomas o proposiciones que requieren ser probadas– y afirma que la confusión entre las dos es la principal causa de las dificultades filosóficas. Mantener la separación entre las dos –como lo hace el geómetra– es la primera regla de la claridad filosófica. Sin embargo, el argumento se ve pronto en dificultades, dado que el discurso geométrico incluye no sólo definiciones nominales sino también "términos primitivos" –tales como movimiento, número y extensión– que son indefinibles pero que son, no obstante, plenamente inteligibles. Según Pascal, estos términos indefinibles en-

³ Paul de Man, "Pascal's Allegory of Persuasion", en *Aesthetic Ideology*, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 1996, pp. 51-69.

cuentran una referencia universal no en el hecho (imposible) de que todos los hombres tengan la misma idea relativa a su esencia, sino en el hecho de que hay una relación de referencia entre nombre y cosa, "de modo tal que al oír la expresión *tiempo*, todos vuelven o dirigen su mente a la misma entidad".⁴ Pero, como De Man muestra, esto reintroduce la definición real en el propio campo geométrico, dado que:

la palabra no funciona como un signo o un nombre, como en el caso de la definición nominal, sino como un vector, un movimiento direccional, que se manifiesta tan sólo como un giro, ya que el objetivo hacia el cual el giro se verifica permanece desconocido. En otras palabras, el signo ha pasado a ser un tropo, una relación sustitutiva que tiene que afirmar un sentido cuya existencia no puede ser verificada, pero que dota al signo de una función significativa ineludible.⁵

Como la función semántica de los términos primitivos tienen la estructura de un tropo, "ella adquiere una función significativa que no controla ni en su existencia ni en su dirección". *Ergo*, "[puesto] que la definición es ahora ella misma un término primitivo, se sigue que la definición de la definición nominal es ella misma una definición real y no nominal".⁶

⁴ *Ibid.*, p. 56.

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibid.*, p. 57.

Esta contaminación de la definición nominal por la real es aún más visible si pasamos a la cuestión de la doble infinitud, que es decisiva en establecer la coherencia y la inteligibilidad de la relación entre la mente y el cosmos. Pascal trata aquí las objeciones que le planteara el Chevalier de Méré, según el cual -dado el principio pascaliano de homogeneidad entre espacio y número- es posible concebir una extensión formadas de unidades que son ellas mismas, numéricas. Con esto, el principio de los infinitamente pequeños sería puesto en cuestión. La respuesta de Pascal tiene dos etapas. Afirma, en primer lugar, que lo que se aplica al orden del número no se aplica al orden del espacio. *Uno* no es un número, puesto que no hay pluralidad en él; pero, al mismo tiempo, es un número puesto que, dado el principio euclideo de homogeneidad ("se dice que las magnitudes son de la misma clase o especie cuando una magnitud puede exceder a otra a través de la reiterada multiplicación"), es parte de la infinitud postulada por ese principio. Sobre esta base Pascal puede distinguir entre número y extensión, pero sólo al precio de fundar esa distinción en definiciones reales y no nominales. Como lo señalaba De Man:

La totalización sinecdóquica de la infinitud es posible porque la unidad del número, el *uno*, funciona como una definición nominal. Pero, para que el argumento sea válido, el número nominalmente indivisible debe estar distinguido del espacio *realmente* indivisible, lo que Pas-

cal puede demostrar fácilmente, pero sólo porque las palabras clave de la demostración –indivisible, extensión (*étendue*) espacial, especie (*genre*), y definición– funcionan como definiciones reales y no nominales.⁷

Pero –segundo paso– si el orden del número y el orden de la extensión tuvieron que ser separados para responder a la objeción de Méré, la distancia entre los dos tenía también que ser superada si la homogeneidad entre ambos había de ser mantenida. Esta homología es restaurada apelando, en lo que concierne al número, al cero –que, a diferencia del *uno* es radicalmente heterogéneo respecto del orden del número– y encontrando equivalencias en los órdenes del tiempo y del movimiento, tales como “instante” y “stasis”. Esta apelación al cero, sin embargo, tiene consecuencias dramáticas para la coherencia del sistema, consecuencias que De Man describe en un pasaje que merece ser citado en su integridad:

la coherencia del sistema es vista ahora como enteramente dependiente de un elemento –el cero y sus equivalentes en el tiempo y el movimiento– que es, en cuanto tal, enteramente heterogéneo respecto del sistema y no es en punto alguno parte de él [...]. Por lo demás, esta ruptura entre lo infinitesimal y lo homogéneo no ocurre al nivel trascendental sino al nivel del lenguaje, en la incapacidad de una teoría del lenguaje como signo o como nombre (defini-

⁷ Ibid., pp. 58-59.

ción nominal) de fundar esta homogeneidad sin recurrir a la función signifiante, la definición real, que hace del cero de significación la condición necesaria del conocimiento fundado [...]. Es como signo que el lenguaje es capaz de generar los principios de infinitud, de género, especie y homogeneidad, que hace posible las totalizaciones sinecdóquicas, pero ninguno de estos tropos podría emerger sin una sistemática eliminación del cero y su reconversión en nombre. No puede haber uno sin cero, pero el cero siempre aparece bajo la forma de un *uno*, de un algo [(*some*) *thing*]. El nombre es el tropo del cero. El cero es siempre denominado un uno, pese a que el cero es, en realidad, sin nombre, “innommable”. En el lenguaje francés, usado por Pascal y sus intérpretes, esto ocurre concretamente en el uso confusamente alternativo de los dos términos *zéro* y *néant*. La forma verbal, predicativa *néant*, con su terminación gerundiva, indica no el cero sino más bien el uno como límite de lo infinitamente pequeño, el casi cero que es el uno.⁸

Es importante prestar seria atención a este importante pasaje –importante entre otras cosas porque De Man no desarrolla luego en su ensayo todas las implicaciones de su propia *démarche*– dado que él contiene, *in nuce*, todas las dimensiones relevantes para el problema que estamos explorando. Todo gira en torno al papel del cero. El cero, se nos dice, es algo radicalmente heterogé-

⁸ Ibid., p. 59.

neo respecto del orden del número. El orden del número, sin embargo, no puede constituirse sin referencia al cero. Es, en este sentido, un suplemento al sistema, que sin embargo, es necesario para constituir a este último. Respecto del sistema el cero se encuentra en una tensión indecible entre internalidad y externalidad, pero una internalidad que no excluye la heterogeneidad. El cero, en segundo lugar, es "innominable", sin nombre, pero al mismo tiempo produce efectos, cierra el sistema, al precio incluso de hacer a este último irremediablemente heterogéneo. Él *retotaliza* al sistema dando lugar, sin embargo, a una inconsistencia que no puede ser superada. El cero no es nada, pero es la nada del propio sistema, la imposibilidad de su cierre coherente, que es significada por el cero y, en tal sentido, paradójicamente, el cero como lugar vacío pasa a ser el significante de la plenitud, de la sistematicidad como tal, como aquello que está ausente. La oscilación semántica entre *zéro* y *néant*, que De Man observa, es el resultado de esta condición doble del momento de cierre: ser un objeto imposible que es, al mismo tiempo, necesario. Finalmente, si el cero como momento de cierre es un objeto a la vez imposible y necesario, tiene que tener acceso al campo de la representación. Pero los medios de representación habrán de ser constitutivamente inadecuados. Ellos darán a lo "innominable" un cuerpo, un nombre, pero esto sólo puede hacerse al precio de traicionar su específico "no ser". De ahí el movimiento tropoló-

gico que prolonga *sine die* la dialéctica no resoluble entre el cero y el uno. En los términos de De Man que acabo de citar: "No puede haber *uno* sin cero, pero el cero siempre aparece bajo la forma de un *uno*, de un algo [(some) thing]". El nombre es el tropo del cero. El cero es siempre *denominado* un uno, pese a que el cero es, en realidad, sin nombre, "innominable".

Ahora bien, esta sucesión de momentos estructurales coincide, casi paso por paso, con la lógica de la hegemonía tal como he intentado describirla en mis trabajos y tal como la veo operando en los textos de Gramsci, a los que volveré más tarde. Para empezar, la condición de toda sutura hegemónica es el no-cierre constitutivo de todo sistema de significación política. La sistematicidad del sistema, su cierre —que es la condición de significación en un sistema, como el de Saussure, cuyas identidades son meramente diferenciales— coincide con la determinación de sus límites. Estos límites, sin embargo, sólo pueden ser dictados por algo que está más allá de ellos. Pero como el sistema es un sistema de diferencias, de toda diferencia posible, este "más allá" —que debe ser heterogéneo con el sistema a los efectos de cumplir verdaderamente su función de cerrarlo— carece de la condición de una verdadera heterogeneidad si consiste en *una diferencia más*. Esta última estaría, en cierto modo, indecisa, suspendida entre su pertenencia o no-pertenencia al sistema. Esto pone en cuestión el papel del "más allá" como límite y, en consecuen-

cia, la posibilidad de constituir a las diferencias como diferencias realmente intrasistemáticas. Es sólo si el "más allá" del límite tiene el carácter de una exclusión que su rol como límite es restaurado y con ello la posibilidad de emergencia de un sistema completo de diferencias.⁹

Sin embargo, esta plenitud del sistema (obtenida, es verdad, al precio de una recuperación dialéctica de su negación) presenta una dificultad. Porque todas las diferencias internas al sistema establecen entre sí relaciones de equivalencia en oposición al elemento excluido. Y la equivalencia es, precisamente, lo que subvierte la diferencia. De este modo, el "más allá" que es la condición de posibilidad del sistema es también su condición de imposibilidad. Toda identidad se constituye en el interior de la tensión irresoluble entre equivalencia y diferencia.

De tal modo que, como en el caso del cero pascaliano, nos enfrentamos con un objeto que es, a la vez, imposible y necesario. En tanto imposible, es un lugar vacío en el interior de la estructura. Pero, en tanto necesario, es una "nada" que producirá efectos estructurales, y esto requiere que tenga acceso al campo de la representación. Y, como en la dialéctica del cero y del uno, esta doble condición de necesidad e imposi-

⁹ Un desarrollo completo de este argumento puede encontrarse en mi *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, especialmente en el ensayo "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política" (pp. 69-119).

bilidad dará lugar a una inadecuación constitutiva. La plenitud del sistema, su punto de saturación imaginaria, será, como en el ejemplo de De Man, una nada que pasa a ser algo. ¿Cuáles son los medios posibles de esta representación distorsionada? Sólo las diferencias particulares internas al sistema. Ahora bien, esta relación por la que una diferencia particular asume la representación de una totalidad imposible y enteramente incommensurable con ella, es lo que llamo una relación hegemónica.

Hay sólo dos diferencias entre la lógica hegemónica y la dialéctica pascaliana, entre el cero y el uno tal como De Man la describiera. La primera es que —dada la naturaleza numérica del caso analizado por Pascal— el cero sólo puede ser corporizado por el *uno*, mientras que en el caso de la lógica hegemónica *cualquier* elemento interior al sistema puede encarnar una función hegemónica.¹⁰ La segunda diferencia es que, dados los intereses de De Man, la determinación de la heterogeneidad del desplazamiento tropológico del cero al uno es el punto final de su análisis, en tanto que para el estudioso de las lógicas hegemónicas el análisis de la naturaleza exacta de este movimiento tropológico resulta imperativo. En el discurso destotalizante de De Man lo que importa es mostrar la heterogeneidad a partir de la cual

¹⁰ Cf. el desacuerdo entre De Man y Louis Marin, tal como es presentado por De Man en "Pascal's Allegory...", *ob. cit.*, p. 60.

el movimiento tropológico opera. Esto es también vital para un análisis hegemónico. Pero lo que es decisivo para este último es la determinación de las re-totalizaciones parciales que el movimiento tropológico hace posibles.¹¹ Ésta es la dimensión que debemos ahora tomar en consideración. Lo haremos a través de una referencia a la oposición metáfora/metonimia tal como la presenta De Man en su ensayo sobre Proust en *Allegories of Reading*.¹²

¹¹ Lo que es importante es advertir que estas re-totalizaciones no operan a través de una negación simple y recuperable. Como lo afirma De Man: "Lo que aquí se llama una ruptura o una disyunción, por falta de un término mejor, no debe pensarse como una negación, no importa cuán trágica ella sea. La negación, en una mente tan elástica como la de Pascal, es siempre susceptible de ser reinscrita en un sistema de inteligibilidad [...]. Es posible encontrar, en la terminología de la retórica, términos cercanos a la designación de esas dislocaciones (por ejemplo, parabasis o anacoluthon), que designan la interrupción de un continuo semántico de un modo tal, que está más allá de todo poder de reintegración" (ibid., p. 61). Pero el hecho mismo de que haya tropos que tornen describible aquello que está más allá del poder de reintegración muestra claramente que no se trata de un simple colapso de las que hubieran sido, de otro modo, las condiciones de su pleno cierre. Es en el campo de este distanciarse que las lógicas hegemónicas operan.

¹² Paul de Man "Reading (Proust)", en *Allegories of Reading. Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1979, pp. 57-58.

II

El texto sobre Proust trata, como es bien sabido, acerca del discurso del joven Marcel en relación con el placer de la lectura y acerca del modo en que tal placer es construido a través de una serie de sustituciones metafóricas. Estas sustituciones sólo son persuasivas, sin embargo, a través de la operación de una serie de movimientos metonímicos. De Man afirma:

El cruce de atributos sensoriales en la sinestesia es sólo un caso especial de un patrón más general de sustitución que todos los tropos tienen en común. Es el resultado de un intercambio de propiedades hecho posible por una proximidad o una analogía tan cercana e íntima que ella hace posible que una sustituya a la otra sin revelar la diferencia introducida necesariamente por la sustitución. El vínculo relacional entre las dos entidades implicadas en el intercambio pasa entonces a ser tan estrecho que puede ser calificado de necesario: no puede haber verano sin moscas, ni moscas sin verano [...]. La sinécdoque que sustituye la parte por el todo y el todo por la parte es en realidad una metáfora, lo suficientemente poderosa para transformar una contigüidad temporal en una duración infinita [...]. Comparada con esta llamativa coherencia, la contingencia de una metonimia basada tan sólo en un encuentro casual entre dos entidades cada una de las cuales podría muy bien existir en la ausencia de la otra, sería enteramente ca-

rente de poder poético [...]. Si la metonimia se distingue de la metáfora en términos de necesidad y contingencia [...] en tal caso la metonimia es por definición incapaz de crear vínculos genuinos, en tanto que nadie puede dudar, gracias a las mariposas, a la resonancia de los cajones, y especialmente gracias a la música de cámara de las moscas, de la presencia de la luz y el calor en el cuarto. Al nivel de la sensación, la metáfora puede reconciliar noche y día en un *chiaroscuro* que es enteramente convincente.¹³

Como vemos, este pasaje establece la distinción entre metáfora y metonimia sobre la base de las dos oposiciones contigüidad/analogía —la oposición dominante en la retórica clásica— y contingencia/necesidad. En lo que se refiere a la primera oposición, la dificultad es que la distinción entre analogía y contigüidad es bastante escurridiza. La contigüidad, en términos retóricos, no puede ser equivalente a la mera contigüidad física, ya que esta última puede ser la base de una relación metafórica. Y la analogía puede depender de una variedad tan amplia de criterios que estamos enfrentados, en realidad, con un *continuum* en el que la analogía termina por tornarse mera contigüidad. El mismo De Man señala, por ejemplo, que:

la sinécdoque es una de las figuras fronterizas que crea una zona ambivalente entre la metáfora y la metonimia y que, por su naturaleza es-

¹³ Ibid., pp. 62-63.

pacial, crea la ilusión de una síntesis por totalización.¹⁴

Y en uno de los ensayos incluidos en *Blindness and Insight* afirma que:

es notoriamente difícil, tanto lógica como históricamente, mantener rigurosamente aparte los varios tropos y figuras, establecer precisamente cuando la catracresis pasa a ser metáfora y la metáfora se torna metonimia; para citar una adecuada metáfora acuática de la que ha hecho uso un experto en el campo (Lansberg) en su discusión sobre la metáfora: "la transición de una figura a la otra, en este caso de la metáfora a la metonimia, es fluida".¹⁵

Podríamos decir que las fronteras entre figuras y tropos en la retórica clásica son subsidiarias de las principales distinciones objetivas de la ontología antigua. Esto es evidente, de Aristóteles a Cicerón y Quintiliano. Es precisamente el carácter cerrado de este sistema de distinciones el que es puesto en cuestión por el giro deconstructivo. Tanto De Man como Gérard Genette, por ejemplo, han mostrado de qué modo Proust, gran defensor del papel creativo de la metáfora, tuvo que basar sus propias metáforas en un sistema generalizado de transiciones metonímicas.¹⁶

¹⁴ Ibid., p. 63.

¹⁵ Paul de Man, *Blindness and Insight. Essay in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, Minneapolis, Minnesota University Press, 1983, p. 284.

¹⁶ Gérard Genette, "Métonymie chez Proust", en *Figures*

La distinción entre necesidad y contingencia es más prometedora. En este caso, sin que sea enteramente posible evitar el *continuum* por el que una figura pasa insensiblemente a la otra, tenemos, al menos, un criterio de clasificación menos ambiguo: un discurso será más o menos metafórico dependiendo del grado de fijación que establezca entre sus componentes constitutivos. De Man intenta mostrar de qué modo toda totalización metafórica se basa en una infraestructura textual metonímica que resiste este movimiento de totalización. En *Hegemonía y estrategia socialista* hemos afirmado que la hegemonía es siempre metonímica.¹⁷ Podemos ver, a la luz de nuestro análisis anterior, por qué es así. Lo que es constitutivo de la relación hegemónica es que los elementos y dimensiones que le son inherentes están articulados por vínculos contingentes. Un sindicato o una organización campesina, por ejemplo, puede asumir tareas políticas que no están relacionadas con su especificidad corporativa por vínculos necesarios. Los vínculos hegemónicos por lo que estas tareas políticas pasan a ser obreras o campesinas, son desplazamientos metonímicos fundados en relaciones de contigüidad (o en la simple

III, París, Seuil, 1972, pp. 41-43. Paul de Man encuentra limitado el uso que Genette hace de la metáfora de diégesis en lo que se refiere a Proust. Ambos convergen, sin embargo, en privilegiar las transiciones metonímicas en el texto de Proust.

¹⁷ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, verso, 1985.

presencia de esas fuerzas en un cierto contexto en el que ninguna otra fuerza social puede asumir esas tareas, lo que implica que no existe ninguna relación de necesidad analógica entre la tarea y el agente). En tal sentido, para poder hablar de hegemonía, las huellas de la contingencia de la articulación no pueden haber sido borradas totalmente.

El tipo de relación implicado en un vínculo hegemónico puede ser puesto aún más en claro si volvemos por un momento al cero pascaliano. Como en el caso de la relación hegemónica, el carácter heterogéneo del elemento que hace posible cualquier totalización que exista —el cero— es un residuo contingente que no puede ser erradicado. Pero hay una diferencia capital entre este último y el que habita el movimiento tropológico en que la hegemonía se basa. Mientras que en la hegemonía hay una libre variación en lo que se refiere al elemento que ocupa la posición hegemónica, en el caso del cero no tenemos una tal latitud de maniobra: el cero sólo puede ser un *uno*. En tal caso no se trataría, estrictamente, de una metonimia sino de una catcracresis.¹⁸ Ahora bien, en el campo de la retórica, la catcracresis ocupa una posición muy particular. Al tiempo de la última codificación de la retórica clásica por

¹⁸ Agradezco a J. Hillis Miller por haberme llamado la atención acerca de la necesidad de elaborar más la distinción entre catcracresis y metonimia, una distinción que es crucial para mi análisis.

Fontanier, a comienzos del siglo XIX, se le negó incluso el estatus de figura.

*La catracresis, en general, consiste en que un signo ya afectado a una primera idea, lo sea también a una nueva idea, la cual no tiene, o ya no tiene otra [expresión literal] en la lengua. Ella es, en consecuencia, todo Tropeo de uso forzado y necesario, todo Tropeo del que resulta un sentido puramente extensivo; este sentido propio de origen segundo, intermediario entre el sentido propio primitivo y el sentido figurado, pero que por su propia naturaleza se acerca más al primero que al segundo, aunque él mismo haya podido ser figurado al principio.*¹⁹

Por ejemplo, si hablo de las "las alas del avión" o "las alas del edificio", la expresión era metafórica en un comienzo, pero la diferencia con una metáfora *sensu stricto*, que opere plenamente como figura, es que en nuestros ejemplos no hay términos que designen de un modo literal al referente. No me es posible llamar al "ala" de ningún otro modo.

Pues bien, si el único rasgo definitorio de una catracresis es que se base en un nombre figural para el que no existe contrapartida literal, está claro que no hay nada específico en el tipo de figuración introducido por la catracresis, y que ella repetirá las figuras del lenguaje *sensu stricto* con la sola *differentia specifica* de que no habría movi-

¹⁹ Pierre Fontanier, *Les Figures du Discours*, Paris, Flammarion, 1968, p. 213.

miento tropológico de lo propio a lo figural. De tal modo, Fontanier puede hablar de las catracresis de metonimia, de sinécdoque y de metáfora. La dificultad es que la distinción entre una catracresis de metonimia y una metonimia plena depende de la posibilidad de establecer una frontera incontaminada entre lo propio y lo figural. Pero tan pronto como introducimos una cierta *souplesse* en el análisis, los movimientos entre estos extremos polares pasan a ser más complicados: lo propio es tan sólo el extremo, la *reductio ad absurdum* de un *continuum* que es enteramente figural. Con esto, la posibilidad de una *radical* heterogeneidad en que la estricta distinción entre catracresis y metonimia tendría que basarse es considerablemente puesta en cuestión. Lo único que podemos decir es que la posibilidad misma de una relación hegemónica depende de esta puesta en cuestión, de mantener un equilibrio inestable entre heterogeneidad y contigüidad, entre catracresis y metonimia —un equilibrio cuyas condiciones de extinción serían, o bien una heterogeneidad sin medida común entre los elementos de un cierto conjunto, o bien una contigüidad que pasa a ser exclusiva y de tal modo transforma, en el interior de un espacio implícitamente asumido, las posiciones contiguas en diferencias internas—. ²⁰ (Estas dos condiciones de extinción del vínculo hegemónico se reducen, en realidad, a una sola: a

²⁰ Con esto, desde luego, el movimiento tropológico sería eliminado.

los efectos de ser *radicalmente* heterogéneos, dos elementos requieren un fundamento común a partir del cual la heterogeneidad pueda ser pensada.) Por otro lado, sin embargo, toda hegemonía intenta retotalizar y hacer tan necesarios como sea posible los vínculos contingentes en que su poder articulador está basado. En tal sentido, ella tiende a la totalización metafórica. Esto es lo que le da su dimensión de poder. Es un poder, sin embargo, que conserva las huellas de su contingencia y es, en tal sentido, esencialmente metonímico. La hegemonía está siempre suspendida entre dos polos imposibles: el primero apunta a una situación en la que no habría desplazamiento, en el que la contigüidad pasa a ser mera contigüidad y en la que todo el movimiento tropológico cesa —éste sería el caso de lo que Gramsci llamara “clase corporativa”—; el segundo, implicaría que la totalización metafórica pasa a ser completa y que relaciones puramente analógicas saturan integralmente el espacio social —en tal caso tendríamos la “clase universal” del discurso emancipatorio clásico—. Ambos polos están excluidos por la relación hegemónica. Es sólo en torno a las huellas de la (contingente) contigüidad, que contamina toda analogía, que una relación hegemónica puede emerger.

III

Intentaré ahora ilustrar estas proposiciones con un ejemplo histórico que muestra un ejemplo extremo de totalización metafórica cuyo propio fracaso muestra el espacio en que opera la lógica indecible de la hegemonía. Me refiero a la obra de George Sorel.

La obra de Sorel es el producto de ese período de pensamiento socialista que ha sido denominado, siguiendo la caracterización de Thomas Masaryk, “la crisis del marxismo”. El hiato creciente entre el dogma marxista clásico, tal como fuera codificado en el *Anti-Duhring*, y el curso real de la historia, abrió un vacío teórico que varios proyectos intelectuales intentaron colmar. La tentativa de Sorel, a este respecto, se basó en un enfoque cuyo eje central residiría en señalar el peligro de que la desintegración del proletariado como fuerza revolucionaria y su integración a la sociedad burguesa, eliminara a la única fuerza capaz de combatir la decadencia del mundo moderno. Consideremos el siguiente pasaje:

En una sociedad tan afiebrada por la pasión del éxito a obtener en la concurrencia, todos los actores marchan hacia adelante como verdaderos autómatas, sin preocuparse de las grandes ideas de los sociólogos; ellos están sometidos a fuerzas muy simples y ninguno de ellos sueña en sustraerse a las condiciones de su estado. Es entonces solamente que el desarrollo del capi-

talismo se prosigue con ese rigor que había impresionado tanto a Marx y que le parecía comparable al de una ley natural. Si, al contrario, los burgueses, despistados por las bromas de los predicadores de moral o de sociología, adoptan un *ideal de mediocridad conservadora*, buscan corregir los abusos de la economía y quieren romper con la barbarie de sus antepasados, entonces una parte de las fuerzas que debían producir la tendencia al capitalismo son empleadas en obstaculizarlo, el azar se introduce y el futuro del mundo pasa a ser completamente indeterminado.

Esta indeterminación aumenta aún si el proletariado se convierte a la paz social al mismo tiempo que sus amos; o incluso si él considera simplemente las cosas bajo un aspecto corporativo; en tanto que el socialismo da a todas las confrontaciones económicas una coloración general y revolucionaria.²¹

Analícemos este argumento con cuidado. Si la lógica objetiva del cambio histórico que Marx había presentado depende, para su pleno desarrollo, de que la burguesía no sea dominada por el ideal de una "mediocridad conservadora" —ya que en este último caso "el azar se introduce y el futuro del mundo pasa a ser completamente indeterminado"—, todo gira en torno a la cuestión de si ese ideal prevalecerá o no. Esta prevalencia, sin embargo, no puede ser el resultado de proce-

²¹ George Sorel, *Réflexions sur la violence*, Paris, Seuil, 1990, p. 77.

esos económicos identificables, ya que la posibilidad misma de esos procesos depende, para Sorel, de la ausencia de la "mediocridad conservadora". En tal caso, sin embargo, lo que tenemos no es simplemente un juego suma-cero entre las clases, dado que existe la posibilidad más radical de que la confrontación no tenga lugar porque se diluya la voluntad de las fuerzas que habían de protagonizarla —y, como consecuencia, que se diluyan también las identidades de esas fuerzas—. Si esto es así, si este peligro es real, cambia entonces el sentido histórico de la confrontación de clases: lo que importa no es su desenlace sino los efectos que su violencia produce, la formación de identidades sociales fuertes y definidas. Todas las oposiciones que estructuran el pensamiento de Sorel —decadencia/grandeza, utopía/mito, huelga política/huelga proletaria— se explican por esta nueva prioridad atribuida a la violencia.²²

Traslademos ahora estas reflexiones a nuestro argumento tropológico. Todo intento del proletariado por constituir su subjetividad a través de una variedad de posiciones de sujeto poco relacionadas entre sí sólo puede conducir, según Sorel, a la integración corporativa y a la decadencia; de tal modo, toda variación metonímica debe ser eliminada. En tal caso, ¿cómo sumar las luchas obreras de modo tal que la identidad proletaria sea mantenida y reforzada? Esto sólo es posible a

²² Sobre estas oposiciones, véase mi ensayo "Muerte y resurrección de la teoría de la ideología", incluido en este volumen.

través de una educación de la voluntad fundada en el mito de la huelga general. Cada acción de los obreros —ya se trate de una huelga, de una manifestación o de una ocupación de fábricas— debe ser vista, no desde la perspectiva de sus objetivos particulares y específicos, sino como un episodio más en la formación de la voluntad revolucionaria. Es decir, que todas ellas son análogas desde el punto de vista de sus objetivos últimos y están, en consecuencia, en una relación de sustitución metafórica las unas con las otras. Sus relaciones mutuas —como la relación entre las moscas y el verano en el texto de Proust— son de carácter necesario. La dificultad que esta visión presenta es que, en tal caso, el mito que unifica a las luchas más allá de toda especificidad, no puede ser específico tampoco. La reducción de toda especificidad a la repetición de algo análogo sólo puede ser la metáfora de la metaforicidad en cuanto tal. Ya sabemos lo que esto implica: la interrupción de toda operación hegemónica. La metáfora de la metaforicidad sólo puede ser un cero que no está en relación tropológica con un uno, o —a lo máximo— un cero que está en relación catracrética con *sólo una* posición. Sólo a este precio puede lograrse una identidad revolucionaria cerrada. Y esto es, precisamente, lo que Sorel intenta lograr al concebir a la huelga general como totalmente heterogénea respecto del mundo empírico de luchas limitadas y parciales. La huelga general es presentada como un mito y no como una utopía: ha perdido todos los rasgos descriptivos detallados de

esta última; carece de objetivos particulares; es meramente una imagen vacía que galvaniza la conciencia de las masas. Se agota en esta última función sin que pueda corresponder a ningún evento histórico real. Es un radical no-evento que es, paradójicamente, la condición de todos los eventos si va a haber *grandeur* en la sociedad.

En tal caso, ¿por qué huelga general revolucionaria y no alguna otra cosa? ¿Hay alguna razón para pensar que la huelga general es la (necesaria) catracresis de ese no-evento radical que es la fuente de la *grandeur*? Sorel no puede contestar a esta pregunta, y las oscilaciones de su carrera política son una clara indicación de que la pregunta no puede ser respondida. La relación entre *grandeur* y huelga general es una encarnación hegemónica que implica, en cuanto tal, que toda cadena de sustituciones metafóricas estará fundada, en última instancia, en (reversibles) desplazamientos metonímicos. El intento de fundar la voluntad revolucionaria en una totalización metafórica que evite el particularismo de las variaciones hegemónicas, termina necesariamente en un fracaso. Como Platón lo supiera —quizás mejor que Sorel—, sólo prolongados desplazamientos metonímicos entre Atenas y Siracusa pueden dar alguna esperanza de que el rey acepte ser un filósofo.

Quizás podríamos presentar el mismo argumento en una formulación ligeramente distinta: es sólo gracias al puro, irreductible evento que consiste en un desplazamiento contingente no recuperable por ninguna reagregación metafóri-

ca, que podemos tener una historia, tanto en el sentido de *Geschichte* como en el de *Historie*. Es porque hay hegemonía (y metonimia) que hay historia. Ciertas estrategias deconstructivas, tales como la iteración, ¿no podrían ser vistas como intentos de introducir la metonimia en el interior mismo de la metáfora, el desplazamiento en el interior de la analogía? Genette –siguiendo a Blanchot– intenta mostrar, en su análisis de Proust, cómo este último pasa de una estructura de su novela concebida como una sucesión de instantes poéticos, de momentos aislados, a una concepción del conjunto de su narrativa en el que la anamnesis es inseparable de todo el proceso de la narración –está, en realidad, gobernado por ella–. Como él lo señala:

Sin metáfora dice (aproximadamente) Proust, no hay verdaderos recuerdos; podríamos añadir, para él (y para todos): sin metonimia no hay encadenamiento de recuerdos, no hay novela. Porque es la metáfora que reencuentra el Tiempo perdido, pero es la metonimia la que lo reanima y lo vuelve a poner en marcha: la que lo devuelve a sí mismo y a su verdadera "esencia", que es su propia fuga y su propia Búsqueda. Así pues, así solamente –por la metáfora pero en la metonimia–, así comienza el Relato.²³

Quizás sea exactamente éste el desplazamiento intelectual y político que conduce de Sorel a

²³ Gérard Genette, ob. cit., p. 63.

Gramsci. Mientras que en el primero el movimiento analógico de la metáfora de la metafóricidad conduce a una repetición que intenta eliminar la posibilidad de todo evento *verdadero*, la noción gramsciana de guerra de posición, de un desplazamiento político-narrativo gobernado por una lógica del puro evento que trasciende toda identidad preconstituida, anuncia el comienzo de una nueva visión de la historicidad dominada por la tensión –imposible de erradicar– entre metonimia (o sinécdoque) y metáfora.

IV

Llegamos ahora al punto decisivo en nuestro argumento acerca de la hegemonía. Si "hegemonía" implica la representación, por parte de un sector particular, de una imposible totalidad con la que él es inconmensurable, es suficiente entonces que hagamos plenamente visible el espacio de las sustituciones tropológicas para que la lógica hegemónica pueda operar libremente. Si la plenitud de lo social es inalcanzable, todo intento por representarla fallará necesariamente, pero una serie de problemas parciales podrán solucionarse en la vana búsqueda de ese objeto imposible. De tal modo el particularismo de las luchas, que había sido sistemáticamente dejado de lado en el análisis de Sorel, pasa ahora a ser central. Con esto, el juego metonímico ocupa el centro de la es-

cena, y la política —que había sido para Sorel la némesis de la acción proletaria— pasa ahora a ocupar el lugar dominante.

Todo esto resulta aún más visible si comparamos la intervención discursiva de Sorel con otros discursos socialistas de la época, que se orientan en la dirección opuesta. Debemos aclarar un punto importante, sin embargo, antes de iniciar esta comparación. Tanto la metáfora como la metonimia son movimientos tropológicos, es decir, formas de condensación y desplazamiento cuyos efectos se producen sobre la base de ir más allá del sentido literal. Ahora bien, desde este punto de vista, el marxismo se presenta como el grado cero de lo tropológico, como un discurso científico que describe las leyes necesarias de la historia, las cuales no requieren ir más allá de la literalidad de su formulación para alcanzar los efectos totalizantes que ellas postulan. Que este ideal de científicidad implique una tarea imposible, y que todo efecto totalizante que el discurso marxista pueda exhibir haya sido solamente logrado haciendo uso de todo un arsenal de movimientos tropológicos, es bien sabido; pero el punto importante es que como ideal que gobierna su propia discursividad, la literalidad está plenamente presente en esta última y produce en ella todo un conjunto de efectos de ocultamiento. Sorel había cesado de creer en las leyes objetivas, necesarias de la historia y quería sustituirlas por una necesidad *artificial* fundada en el poder de la voluntad; por eso tenía, como hemos

visto, que echar mano al principio de analogía —que en un discurso literal de leyes objetivas no tendría incidencia alguna— e instalarse, plenamente consciente del hecho, en el terreno de la metáfora. Pero como hemos también visto, la necesidad metafórica es contaminada de un modo decisivo por la contingencia metonímica. ¿Cuáles son, en tal caso, los efectos político-discursivos y estratégicos que se siguen de aceptar como inevitable el terreno metonímico?

Consideremos las discusiones en la socialdemocracia rusa de fines de siglo XIX y comienzos del XX. La perspectiva generalmente aceptada era que Rusia estaba madura para una revolución democrático-burguesa en que la burguesía, como en todas las grandes revoluciones de Occidente, cumpliría la tarea de eliminar los resabios de feudalismo y crear un nuevo Estado de tipo liberal-democrático. El obstáculo era que la burguesía rusa había llegado muy tarde a la arena histórica y era, por tanto, débil e incapaz de llevar a cabo sus propias tareas políticas. Sin embargo, la necesidad de una revolución democrática permanecía. Esto condujo a la conclusión —aceptada al menos por algunos sectores de la socialdemocracia— que en tal caso esas tareas debían ser asumidas por algún otro sector social *que no era su agente natural* —en el caso, la clase obrera—. Esta relación por la cual un sector asume tareas que no son estrictamente suyas, es lo que los socialdemócratas rusos llamaron *hegemonía*. Vemos así como los pasos políticos anticipados por

este análisis, los condujo en la dirección opuesta a la de Sorel. Mientras que este último intentaba fijar a la clase obrera en sus reivindicaciones naturales a través de totalizaciones metafóricas, encontramos en la socialdemocracia rusa la apertura de un campo de desplazamientos metonímicos en las relaciones entre tareas y agentes, un terreno indecidió de articulaciones contingentes en el que el principio de la contigüidad prevalece sobre el de la analogía. Era sólo la peculiaridad contingente de la situación rusa —la presencia de una burguesía débil y de una fuerte clase obrera— la que está en la raíz del liderazgo de la clase obrera en la revolución democrática.

Esta complicada dialéctica entre analogía y contigüidad podía ser expandida en una pluralidad de direcciones. En primer término, puesto que la sucesión no-tropológica de estadios necesarios es interrumpida, surge un espacio de indeterminación lógica: "el zarismo, habiendo entrado en completa contradicción con el desarrollo social de Rusia, continuaba existiendo gracias al poder de su organización, a la nulidad política de la burguesía rusa y a su creciente temor del proletariado".²⁴

En segundo término, esta indeterminación es la fuente de relaciones de pura contigüidad, que rompen la posibilidad de totalizaciones ya sea en términos de diferencias sintagmáticamente recuperables o de agregados metafóricos "necesarios":

²⁴ León Trotski, 1905, Londres, Allen Lane, 1971, p. 328.

El capitalismo ruso no se desarrolló a partir del comercio artesanal, pasando por la manufactura y llegando a la fábrica, en razón de que el capital europeo, primero en la forma de capital comercial y luego en la forma de capital financiero e industrial, inundó el país en un tiempo en que la mayoría del comercio artesanal ruso no se había aún separado de la agricultura. De ahí la aparición en Rusia de la moderna industria capitalista en un medio económico completamente primitivo: por ejemplo, una gran planta industrial belga o americana rodeada de caminos y aldeas sucias, construidas de paja y madera, que se incendian cada año, etc. Los más primitivos comienzos y los logros europeos más modernos.²⁵

Este hiato que interrumpe la sucesión no-tropológica de *estadios necesarios*, pero también todo agregado metafórico de eventos en torno a un punto *necesario* dado de antemano, da a la identidad proletaria en Rusia un carácter abierto en el que desplazamientos contingentes, *puros* eventos, asumen un papel constitutivo que ninguna lógica apriorística puede gobernar:

Recuerdo a un viejo amigo, Korotov, un ebanista de Nikolayev, que allá por 1897 escribió una canción. Se llamaba la *Marcha de los Proletarios* y comenzaba con estas palabras: "Somos el alfa y el omega, el principio y el fin..." y ésa es la pura verdad. La primera letra está ahí y también la

²⁵ *Ibid.*, p. 339.

última, pero todo el resto del alfabeto falta. De ahí la ausencia de tradiciones conservadoras, la ausencia de castas dentro del proletariado, de ahí su frescura revolucionaria, de ahí, por esta y por otras razones, la Revolución de Octubre y el primer gobierno obrero del mundo. Pero de ahí también el analfabetismo, la ausencia de conocimiento organizacional, la falta de sistema, de educación cultural y técnica.²⁶

Y luego la consecuencia inevitable:

Desde el punto de vista de ese marxismo espúreo que se alimenta de *clichés* históricos y de analogías formales [...] el slogan de la toma del poder por la clase obrera rusa tenía que aparecer como una negación monstruosa del Marxismo [...]. ¿Cuál es entonces la sustancia real del problema? El desarrollo innegable e incontrovertible atrasado de Rusia, bajo la presión de la cultura más alta de Occidente, no conduce a una simple repetición del proceso histórico de Europa Occidental sino a un conjunto de rasgos fundamentalmente nuevos que requieren un estudio independiente [...]. Donde no hay "rasgos especiales" no hay historia, sino tan sólo una especie de geometría pseudomaterialista. En lugar de estudiar la materia viviente y cambiante del desarrollo económico, es suficiente advertir unos pocos síntomas externos y adaptarlos a unos pocos *clichés* fáciles.²⁷

²⁶ *Ibid.*, p. 340.

²⁷ *Ibid.*, p. 339.

¿Podría estar más claro? La historicidad es identificada con "rasgos especiales" inasimilables a cualquier forma de repetición. La historia es un campo de desplazamientos contingentes que no son recuperables por ninguna de las figuras (analógicas) de lo *igual*.

Este campo de variaciones contingentes puede ser, desde luego, más o menos extendido, dependiendo de la amplitud del área en que lo literal aún prevalece y frena el movimiento tropológico. Pero lo que ocurrió en discursos socialistas como los que estamos considerando fue que lo que hemos descrito como movimiento tropológico, se expandió cada vez más y cubrió secciones cada vez más amplias de la vida política. Consideremos un concepto tal como "desarrollo desigual y combinado". Fue originariamente introducido para referirse a la experiencia de las luchas sociales en los países del Tercer Mundo, en lo que —aún más que en el caso de Rusia— una combinación no ortodoxa de desarrollos que hubieran debido corresponder a estadios sucesivos, hace posibles intervenciones hegemónicas más contingentes y riesgosas. En los años treinta Trotsky extrajo la inevitable conclusión: el desarrollo desigual y combinado es el terreno de todas las luchas sociales y políticas de nuestro tiempo. Lo único que tenemos es un movimiento tropológico ilimitado que es el terreno mismo en que lo social se constituye. Vemos así por qué la metonimia es, en cierto sentido, más "primordial" que la metáfora (o, como en otro de los análisis de De Man, por

qué la alegoría toma precedencia sobre el símbolo): porque en una situación de contingencia generalizada ningún criterio de analogía es estable; una tal situación está gobernada por cambiantes relaciones de contigüidad que ninguna totalización metafórica puede controlar. La metáfora —y la analogía— es cuanto más un efecto “superestructural” de una parcial estabilización de relaciones de contigüidad que no están sometidas a ningún principio literal de determinación a priori.

Este proceso de retorización general sólo tiene lugar en la medida en que no se cumple ninguna de las condiciones en que cada uno de los *tropoi* podría realizar lo que, literalmente, pretende ser. Si la metonimia fuera *tan sólo* una metonimia, se basaría en una contigüidad que no está contaminada por la analogía, en cuyo caso las separaciones literales en el interior de un discurso dado estarían enteramente en control de los límites del movimiento metonímico. Si la analogía dominara incontestada, una totalización completa habría tenido lugar, con lo que la analogía habría sido reducida a identidad, y el movimiento tropológico habría cesado. Si la sinécdoque hubiera logrado sustituir al todo por la parte, esto significaría que el todo podría haber sido aprehendido con independencia de la parte. Si la catracesis pudiera ser fundada en un movimiento tropológico que partiera de una heterogeneidad total, esto sólo se verificaría si la distinción entre lo homogéneo y lo heterogéneo pudiera establecerse con entera precisión. Es como si, de alguna ma-

nera, las condiciones de una retórica cuyos movimientos tropológicos han de ocupar el terreno de un fundamento que no es él mismo fundado, han de encontrarse en la imposibilidad de aceptar la definición literal de cada uno de los *tropoi*, y en la necesidad de subrayar las lógicas por las cuales cada uno de ellos tiende a diluirse en el otro. Lo mismo ocurre con la hegemonía: las condiciones de su plena operatividad son las mismas que las condiciones de su extinción.

Esto puede mostrarse con un par de ejemplos históricos. El primero se refiere a Italia. Al fin de la Segunda Guerra Mundial hubo en el Partido Comunista Italiano una lucha de tendencias acerca de cuál sería la estrategia correcta a seguir en el nuevo contexto democrático. Hubo dos posiciones: una que afirmaba que el Partido Comunista, siendo el partido de la clase obrera, y siendo esta última un enclave en el norte industrial, tenía que limitar su esfuerzo principal a crear formas de representación para ese enclave; la segunda posición, más gramsciana, sostenía que el partido tenía que construir su hegemonía extendiendo sus actividades a una variedad de áreas, el Mezzogiorno incluido. ¿Cómo era esto posible, dada la particular localización social y geográfica de la clase obrera? Simplemente, haciendo del partido y de los sindicatos los puntos de confluencia de una variedad de iniciativas democráticas en un país que intentaba dejar atrás a la dictadura fascista. Las iniciativas democráticas postuladas por este enfoque eran enteramente con-

tingentes —su éxito no estaba garantizado por ninguna lógica de la historia— y dependían, así, de la construcción de una voluntad colectiva; pero, a diferencia de la voluntad soreliana, su objetivo no era el reforzamiento de una identidad puramente proletaria. Ellas tendían, por el contrario, a la creación de una identidad democrática múltiple, siempre en el proceso de expandirse más allá de sí mismas en direcciones sólo aprehensibles a través de una narración contingente. Togliatti escribía en 1957:

Una clase puede liderar la sociedad en la medida en que impone sus propias normas, y a este fin la fuerza de las armas puede también ser usada. Pero pasa a ser una clase nacional, sin embargo, sólo en la medida en que soluciona los problemas del conjunto de la sociedad [...]. El proletariado pasa a ser una clase nacional en la medida en que asume estos problemas como propios y así llega a conocer, en el proceso de cambiarla, la realidad del conjunto de la vida nacional. De este modo produce las condiciones de su propio gobierno, y abre el camino que la lleva a ser una clase gobernante efectiva. Tenemos que expandir la actividad de una vanguardia organizada a todo el área de la sociedad, a todos los aspectos de la vida nacional. Esta actividad no debe reducirse a sermones de propaganda, a la producción de frases o de tácticas astutas sino que debe adherirse firmemente a las condiciones de la vida colectiva y dar, por consiguiente, fundamentos, reales posibilidades y perspectivas al movimiento de las masas popu-

lares [...]. Nuestra lucha por la unidad de las fuerzas populares y democráticas no es, por consiguiente, impuesta por habilidades tácticas, sino por un requerimiento histórico de mantener las conquistas ya logradas, de defender y salvaguardar la democracia, y desarrollarla.²⁸

Tenemos aquí un espacio tropológico en el que cada una de las figuras tiende a diluirse en la otra. Las diferentes luchas e iniciativas democráticas no están unidas entre sí por vínculos necesarios, es decir, que nos enfrentamos con relaciones metonímicas de contigüidad. Pero la operación hegemónica intenta, sin embargo, hacer que la condensación de esas luchas sea tan firme y estable como sea posible; aquí las metonimias tienden a transformarse en totalización metafórica. La relación hegemónica es sinécdoquica en la medida en que un sector particular —el partido de la clase obrera, en este caso— tiende a representar un todo que lo excede. Como, sin embargo, este todo carece de límites definibles con precisión, nos encontramos con una sinécdoque impura: ella consiste en el movimiento indecible entre una parte que intenta encarnar un todo indefinible, y un todo que sólo puede ser nombrado a través de su alienación a una de sus partes. Finalmente, la heterogeneidad sólo puede ser relativa —con el resultado de que la línea que separa a la catracresis de la metonimia es también indecible. Pien-

²⁸ Palmiro Togliatti, *On Gramsci and Other Writings*, Londres, Lawrence and Wishart, p. 157-159.

so que todas las categorías centrales de la teoría gramsciana —guerra de posición, voluntad colectiva, intelectuales orgánicos, Estado integral, bloque histórico, hegemonía— pueden ser leídas retóricamente: ellas circunscriben un espacio de movimientos tropológicos que aporta una nueva flexibilidad estratégica al análisis político.

Una discusión comparable tuvo lugar en el contexto sudafricano, en los años anteriores al fin del apartheid, entre las tendencias respectivamente llamadas obrerista y populista dentro del movimiento de liberación. La primera tendencia, basada en buena medida en el movimiento sindical, afirmaba la necesidad de una transformación socialista inmediata, fundada en una clase obrera cuyo papel protagónico se derivaba de su centralidad estructural en la sociedad capitalista. Los desplazamientos contingentes y particularísticos motivados por la búsqueda de alianzas, eran reducidos a un mínimo. El campo populista, por el contrario, basado en los principios de la *Freedom Charter*, hacía de las articulaciones hegemónicas contingentes la piedra angular de su estrategia. Como D. Howarth y A. J. Norval lo afirman:

Los Cartistas han sugerido que la formación de la conciencia política no puede ser atribuida exclusivamente a las experiencias de la fábrica, o derivadas simplemente de la localización del agente en las relaciones de producción, sino que ocurre en un contexto discursivo mucho más amplio. En lugar de postular una *persona* obrera abstracta, separada analíticamente del

complejo conjunto de discursos en los que el obrero está situado, la clase obrera es considerada como una fuerza social real que constituye un componente esencial del pueblo nacionalmente oprimido [...]. En tal sentido, la clase obrera como fuerza social real comprometida en la lucha, está siempre en alguna medida marcada por luchas, identidades y discursos que no pueden ser reducidos simplemente a su posición en las relaciones de producción; su liderazgo sólo será alcanzado mediante la activa introducción de discursos socialistas en la lucha por la liberación nacional.²⁹

Aunque Howarth y Norval han señalado el carácter limitado de la apertura hegemónica que el campo populista postulaba, está claro que el enfrentamiento estratégico tenía lugar siguiendo líneas similares a las que hemos discutido antes: en un caso un principio de analogía por el que la clase obrera sudafricana *repite* una identidad obrera establecida por el mero análisis abstracto de las relaciones capitalistas de producción; en el otro caso, una sucesión de articulaciones meramente contiguas, que gobierna una narrativa contextualizada de un carácter predominantemente contingente.

El argumento político podría, obviamente, ser prolongado en una variedad de direcciones dis-

²⁹ David Howarth y Aletta J. Norval, "Subjectivity and Strategy in South African Resistance Politics: Prospects for a New Imaginary", en *Essex Working Papers in Politics and Government*, Department of Government, University of Essex, mayo de 1992, p. 9.

tintas de los discursos socialistas que aquí hemos considerado. Hay una de estas direcciones, sin embargo, que quisiera subrayar. Veo la historia de la democracia como dividida por un clivaje fundamental. Por un lado tenemos la democracia como intento de constituir el pueblo *Uno*, un actor social homogéneo opuesto ya sea al "poder", o a un enemigo externo, o a una combinación de ambos. Ésta es la concepción jacobina de la democracia, con su ideal concomitante de una comunidad transparente unificada –si es necesario– por el terror. Ésta es la tradición que se extiende, con rasgos estructurales análogos, de Robespierre a Pol Pot. Los discursos a través de los cuales este ideal democrático se construye son, obviamente, predominantemente metafóricos –aunque, por las razones que antes hemos mencionado, ellos no logran ocultar enteramente sus fundamentos metonímicos–. Por el otro lado, tenemos a la democracia como respeto por la diferencia, como se muestra, por ejemplo, en el nuevo pluralismo asociado con los movimientos sociales contemporáneos. Encontramos aquí discursos que son predominantemente metonímicos, por cuanto, aunque algún efecto de agregación metafórica es inevitable –dada la imposibilidad de un cierre puramente diferencial, no-tropológico– será un agregado que mantendrá siempre visibles las huellas de su propia contingencia y de su carácter incompleto. Dentro de esta polarización básica encontramos, desde luego, todo tipo de posibles combinaciones intermedias que pode-

mos comenzar a explorar utilizando la variedad de *tropoi* que se encuentran en la retórica clásica.

La contribución de Paul de Man a esta tarea no reside en nada que él tenga que decir acerca de la política –algo que su temprana muerte le impidió hacer– sino en dos logros principales. El primero es haber extendido el campo de la retórica –o más bien, de la retoricidad– al conjunto del lenguaje, haber hecho de la retórica una dimensión constitutiva del lenguaje como tal. El segundo, es haber deconstruido los *tropoi* dominantes de la tradición romántica –tales como el símbolo y la metáfora– mostrando que todo efecto totalizante se funda en una infraestructura contingente de *tropoi* más humildes. He intentado en este ensayo mostrar la importancia potencial de ambos logros para la elaboración de una teoría de la hegemonía.